



Empatía y cuidado socio-ambiental: en el lugar de los más vulnerables

Mariana Cerón

Nadie entiende por lo que uno pasa. Nadie. Aun así, se quieran poner en mi posición, es imposible. Estar cobijado con un número infinito de posibilidades no se acerca a lo que es, independientemente de buscar hasta llegar al cansancio, no encontrar una. Me llamo Adriana, y soy una madre cabeza de familia.

Pareciese que repito el mismo día todos los días, pues sin falta, es mi rutina diaria. Me levanto todos los días a las tres y media de la mañana, caminé tres pasos hasta la cocina, lugar que está a cuatro de la cama y preparó el arroz; siendo este el único alimento que con certeza puedo llevar a la mesa todos los días. Mientras el arroz se prepara, despierto a mis hijos con un beso en la frente. Ellos son muy juiciosos, saben que cuando hago eso es momento de desayunar y que después deben revisar sus cuadernos, aunque teniéndose que turnar, dado que, por el momento, hay solo un cuaderno para ambos.

Siempre les he enseñado a ser perseverantes y a ser agradecidos, quiero que tengan el mejor de los futuros, y que cuando sean grandes, no tengan que criar a sus hijos de la manera en la que ellos fueron criados, independientemente de que tengamos un techo y amor de sobra. Les dejo la comida del mediodía a un lado, y a veces les dejo algunas tareas para que sientan que el tiempo pasa más rápido, he notado que es difícil para ellos verme partir diariamente, por más de que solo tengan seis años, han ido entendiendo cada vez más el esfuerzo que conlleva llevar tan solo siete mil pesos a la casa de vuelta.

A las cinco de la mañana me despido con un abrazo y empiezo mi camino. Bajo unas gradas que hay a diez minutos de mi casa, y me dedico a vender bombones. A veces mis vecinos me regalan la bolsa, al principio suelo rehusarme, ya que tengo muy en cuenta que a ellos les hace falta los siete mil novecientos que cuesta, ellos insisten y después la aceptó, siempre trato de devolverles así sean tres mil pesos, pues aquí siempre nos cuidamos. Los detalles significan el triple cuando te los da alguien que no tiene mucho.

A los cincuenta minutos alcanzó a llegar a donde siempre me encuentran, a la Calle 72#10-34, justo en la esquina de un centro comercial en la capital del país. Estoy en ese mismo lugar hasta recaudar una mínima suma de dinero que me permita comprarles comida a mis hijos, aun así, no haya para mí. Lo único que me interesa, es que por más





de que no les pueda llevar siempre un chocolate cada vez que llego del trabajo, nunca sientan que no van a poder comer, porque no les pude llevar lo mínimo para darles. Normalmente las personas son muy queridas, aunque estén acostumbradas a que lamentablemente, mucha gente les pida. No es lamentable la pedida como tal; me rompe el alma el hecho de que, como yo, hay muchas, e incluso, hay muchas que se devuelvan casi todos los días con las manos vacías; a veces privándose ellas para darle a sus hijos, otras, no habiendo para ninguno. Cuando ya no hay nada más de que agarrarse, lo único que queda es la fe.

Casi nunca puedo comer en mis jornadas de venta. Es difícil hacer ambas cosas sin ningún apoyo adicional. Sin embargo, normalmente a las ocho de la noche emprendo el recorrido de vuelta a mi hogar. A eso de las ocho y cincuenta mis hijos me reciben con un abrazo, de esos que sientes que te arreglan la vida entera. Se podría decir que es la razón por la que volver a casa todas las noches me genera tanta felicidad, aun así, no llegue con nada. Posteriormente caliento arroz y un poquito de huevo, ya que este tiene que durar casi siempre la quincena entera. Antes de comer hacemos una oración de agradecimiento, porque tenemos algo que comer y un techo que nos protege de las lluvias y del frío.

Con la situación actual, se podría decir que las cosas han mejorado. Sabemos que la corrupción del gobierno ha llegado a otro nivel, sabemos que privan familias como la mía de una ayuda mínima con el fin de su supervivencia. Sin embargo, se ha recibido ayuda. No a todas las familias, no en plazos acordados, pero se ha recibido. Eso es lo único que nosotros queremos, que, si nos van a extender el brazo para ayudarnos, nos lo extiendan todo, no únicamente la mano. Situación que se ha visto muy frecuente en estos últimos días. En lo referente a los factores ambientales, nuestro barrio no está lo suficientemente bien preparado.

El agua potable nunca ha sido uno de sus fuertes. No tenemos la posibilidad de lavarnos las manos más de una vez al día, mis hijos se pueden bañar juntos máximo una vez al día y por un lapso menor a los dos minutos, siempre corriendo el riesgo que salga el agua de las cañerías, por mi lado, tampoco existe la posibilidad de bañarme cada vez que llego de mis arduas jornadas de trabajo. Es un riesgo que se corre constantemente. Lamentablemente los ingresos que nos da el gobierno no lo son todo, a veces no llegan, y si llegan, llegan retrasados. Es o salir infectada, o no poderle llevar comida a mis hijos. La decisión se toma por sí sola.

Nadie entiende por lo que uno pasa. Nadie. Pero, aunque a veces nos falta comida y agua potable para protegernos de esta pandemia, nuestra fortaleza más grande, es que nunca nos faltara el amor. Eso, es lo que, a mí, como madre cabeza de familia, me hace luchar día a día. Por más de que el gobierno se robe la plata destinada a ayudarnos en





momentos como estos, por más de que ese dinero nunca llegue, o llegue cuando ya no lo necesitamos con la misma desesperación, yo tengo lo mejor que Dios me pudo haber dado, y eso, es sin duda alguna, mis hijos.

